

recer de pronto a alguno de aquellos héroes legendarios que tantas proezas realizaron en Jerusalén, y más tarde en nuestra España, contra los enemigos de la Cristiandad.

Por eso, en aquellos días de vindicación, en que se ventilaba en los campos de batalla nuestro derecho a la existencia, sirvió para la defensa de nuestra causa y fue la enseña de la comunión carlista.

Desde sus gruesas murallas y altos torreones, los soldados carlistas han luchado denodadamente contra el ejército liberal, rechazando victoriosamente sus ataques. Centro de aquella comarca, desde él han irradiado las ideas salvadoras de Dios, Patria y Rey. Centinela avanzado, ha sido el guardián de la santa causa, estrellándose debajo de sus robustas torres la mala simiente liberal, importada por los revolucionarios franceses, como se estrellan al chocar contra sus rocas las rápidas aguas del Ebro.

Cuando ya nuestras armas derrotadas por la traición, fugitivos o emigrados la mayor parte de nuestros caudillos y perseguidas con saña nuestras huestes, el tétrico y solitario castillo se mantuvo firme, defendiéndose con valentía sublime en aquellos momentos de agonía, de los numerosos enemigos que le cercaban. Por dos veces sufrió largos y porflados sitios, bombardeos terribles, y nada menos que el general Martínez Campos tuvo que encargarse de su rendición, no cayendo abatido el inexpugnable castillo sino por medio del oro que se repartió a manos llenas.

La traición, que por todas partes invadió nuestro Ejército, también penetró a través de aquellos gruesos muros; pero la maldición cayó sobre los malvados, los cuales no pudieron aprovecharse del precio de su infamia y vileza. El estigma continúa pesando sobre ellos como terrible losa de plomo.

Todavía se ve sobre la puerta mayor ancho escudo de piedra con la siguiente inscripción:

REINANDO CARLOS V...
AÑO DE 18...

La cifra romana y las dos últimas del año 18 aparecen destrozadas por los martillazos liberales.

Han pasado ya muchos años y todavía conserva numerosos vestigios de nuestra última ocupación, que no han podido borrar las inquinas zurdas, ni el abandono e incuria de los habitantes de aquellos pueblos, que van desmoronando sus paredes, removiendo el suelo en busca de fantásticos tesoros. Y el castillo de Miravet continúa en pie, siendo un ejemplo viviente y perenne de lealtad y patriotismo a la Santa Tradición, tan valientemente defendida por nuestros requetés.